
De vuelta a casa: un refugio ambiguo
Felipe Van der Huck

I

La Corporación de Ahorro y Vivienda Las Villas y la Corporación de Ahorro y Vivienda Ahorramás se fusionaron a principios del año 2000, después de un periodo en el que el sistema financiero colombiano, y particularmente las CAV, registraron utilidades negativas y graves problemas de liquidez. Además de la crisis de la construcción y la mora en el pago de los créditos hipotecarios, que deterioraron su cartera especialmente a partir de 1998, suele mencionarse también el cambio en la legislación de vivienda (Ley 546 de 1999) para explicar su progresiva desaparición.

A partir de la fusión de Las Villas y Ahorramás, se creó inicialmente la Corporación de Ahorro y Vivienda AV-Villas. En 2002, y tras continuos «procesos de reestructuración», esta se convirtió en banco comercial. Ese mismo año, Javier Ruiz y Claudia Díaz, ambos de 36 años y con más de una década de trabajo, el primero en Las Villas y la segunda en Ahorramás, y quienes, tras la fusión, continuaron vinculados a la empresa, fueron despedidos durante un «recorte de personal». En muchos sentidos, como se verá, su trayectoria laboral fue similar.

Claudia entró a Ahorramás en 1988, y tras un breve periodo de trabajo a tiempo parcial, durante el cual ejerció las tareas menos calificadas dentro de la corporación, fue contratada indefinidamente. Ella había terminado el bachillerato en un colegio público de Cali. En aquel momento, vivía con su papá, su mamá y cuatro hermanos mayores en el barrio Veinte de Julio, en una familia modesta donde la educación era considerada un bien importante. Su papá era plomero del Hospital Universitario del Valle (allí alcanzó su jubilación) y su mamá ama de casa. Ninguno de los dos tenía escolaridad.

Al entrar a Ahorramás por tiempo indefinido, «sin palanca y sin nada», Claudia comenzó una carrera que la llevó de los puestos menos calificados de la organización a ocupar el cargo de subgerente supernumeraria, en el que tenía que desempeñar labores administrati-

vas en las distintas oficinas en Cali. Para Claudia, su carrera dentro de Ahorramás era un ejemplo de la responsabilidad y el cuidado que ponía en su trabajo (durante la entrevista siempre resaltó su estricto cumplimiento de las normas), así como un motivo de estima y orgullo personal por la experiencia acumulada dentro de la empresa:

Para llegar a subgerente uno tiene que conocer muy bien todos los puestos, porque el trabajo en una corporación es muy delicado. Yo fui adquiriendo las habilidades y conocimientos necesarios siendo muy cuidadosa y constante en mi trabajo. La persona que ponen como subgerente no es cualquier persona.

También Javier entró a trabajar, en este caso a Las Villas, en 1988. Tenía entonces 22 años y vivía en Bogotá con sus hermanos, su papá (operario en una fábrica de electrodomésticos) y su mamá (dedicada al hogar). Después de terminar el bachillerato en un colegio público de la ciudad, Javier entró a trabajar en un taller de metalmecánica y, al cabo de un año, consiguió su empleo en Las Villas, donde empezó como auxiliar de oficina. Mientras trabajaba en el taller, Javier había comenzado a estudiar tecnología en sistemas: «Yo era soltero, no

tenía ningún problema. Mi papá respondía por las cosas de la casa. Yo trabajaba para pagarme el estudio y cuando empecé en Las Villas continué haciéndolo».

Después de pasar por distintos cargos en la corporación, cajero, supernumerario y subgerente administrativo, Javier fue trasladado a Cali en 1994 como jefe de operaciones de las oficinas de Las Villas en el Suroccidente (Cauca, Valle y Nariño). Para él, esto fue un «salto grandísimo», una muestra de los méritos que había hecho en el trabajo, ya que, pese a tener únicamente estudios tecnológicos, fue nombrado en un cargo que exigía perfil profesional.

Después de la fusión de Las Villas y Ahorramás, como ya se dijo, Claudia y Javier hicieron parte del grupo de trabajadores que continuaron en AV-Villas. Desde ese momento, la recién creada corporación puso en marcha una serie de «reestructuraciones» cuyas consecuencias más visibles fueron sucesivos «recortes de personal», que siempre estuvieron precedidos por rumores y noticias informales acerca de lo que iba a suceder. En una situación así, donde el «elegido» podía ser cualquiera, compartir el miedo era una especie de economía de la incertidumbre: el rumor, además de revelar la intranquilidad de los empleados, ayudaba a mantener su angustia en suspenso, distribuía su peso colectivamente, creaba la sensación de pertenecer a una comunidad a la que unía el hecho de compartir una misma amena-

za. «Eso era un correo de brujas, cada viernes esperábamos a ver quién salía, todos los jefes del país nos llamábamos: '¿a quién echaron? No, aún no se sabe nada'», recuerda Javier, mientras Claudia, por su parte, afirma: «(Esa época) fue de mucha tensión, empezaban los rumores, 'que van a sacar gente', entonces uno vivía pensando: '¿será que me toca a mí?' Yo, por ejemplo, mantenía nerviosa».

II

Claudia fue despedida de AV-Villas en enero de 2002, en un momento en que, como ella misma dice, «no se sentía preparada psicológicamente». Mientras trabajaba, Claudia había comenzado a estudiar administración de empresas en la Universidad Libre. Cuando, en 1998, nació su primer hijo, ella decidió no interrumpir su carrera ni su trabajo: «Mis amigas (de la universidad) venían a la casa y yo me ponía a estudiar mientras amamantaba al niño. Esa época fue muy bonita, fue como una meta que me hizo crecer, porque así uno tenga muchas cosas, las puede cumplir si se lo propone».

Gracias al trabajo, Claudia alcanzó cosas que, comúnmente, son evidencias de que la vida progresa, de que avanza de un lugar a otro, dejando mojones (por ejemplo, como en este caso, terminar una carrera universitaria, conformar una familia, comprar un apartamento con mucho

esfuerzo) que ayudan a realizar el balance de los logros alcanzados y ofrecen la sensación de tener un cierto control sobre la propia existencia. Por lo demás, el trabajo estable le dio a Claudia la posibilidad de hacer amigos, de llevar una vida que no se restringía al hogar, de ser, además de madre, una mujer trabajadora, independiente, útil, para la cual el mundo doméstico era sólo una parte de su mundo.

Claudia se graduó como administradora de empresas a finales de 2001. Esa fecha, por lo demás, coincidió con sus vacaciones de fin de año. Al regresar al trabajo en enero del 2002, recibió la noticia de su despido. Según ella, esa noticia le causó mucha impresión porque, debido a su ausencia, nunca tuvo la oportunidad de enterarse de los rumores acerca de un nuevo «recorte de personal». Este hecho le produjo una intensa sensación de haber sido engañada: «Yo no sabía que iban a sacar gente, apenas llegaba de mis vacaciones. En la oficina de personal ya me tenían en planilla y muchos de mis compañeros estaban enterados. Si me hubieran dicho, voy preparada».

Asimismo, la noticia del despido le causó a Claudia una frustración relacionada con sus estudios:

Aunque uno estudia por superación personal, también lo hace para ascender en la vida. Yo hice mi carrera pensando en ser gerente, cuando me salen con lo

del despido: esa fue la parte más dura, la que más me dolió. Además, yo era muy responsable, cumplía las normas. Hay gente que no trabaja bien y sigue ahí.

En abril de 2002, tres meses después del despido de Claudia, Javier se enteró del suyo. Pese a los rumores y a la incertidumbre que había en ese momento en la empresa, él no esperaba la noticia. Al igual que Claudia, Javier también sentía que había sido engañado:

Si a mí me dicen desde el principio: 'es que su puesto sobra, así que tiene que empezar a buscar por otro lado', yo lo hubiera admitido. Pero en todo momento, cuando estuve hablando con mi jefe en Bogotá, él me dijo: 'tranquilo, usted sigue.' Eso sí me indignó bastante, que hicieran las cosas a escondidas.

En el caso de Javier, además de una oportunidad de ascenso y de progreso, el trabajo representaba ante todo una forma de sentirse útil, de obtener aprobación y reconocimiento. Así lo indican sus palabras cuando, al preguntarle por sus funciones como jefe de operaciones de Las Villas en el Suroccidente, contesta:

Cuando llegué a Cali la situación era muy complicada, sobre todo en la parte operativa. A mí me enviaron como el salvador y las cosas salieron bien.

La gente lo conoce a uno, lo valora por lo que sabe, lo respeta. Para los casos difíciles siempre me llamaban a mí. Lo que yo hacía le ayudaba a mucha gente a resolver problemas.

Del mismo modo, el trabajo le permitía a Javier «responder» por su familia (en el momento en que fue despedido tenía dos hijos menores de 10 años, y Liliana, su esposa, estaba estudiando en la universidad). Para él, este hecho era una especie de señal que confirmaba su propio valor (en el sentido de mérito personal, pero también – y de manera complementaria – de sacrificio y tenacidad), según sus palabras: «responder por todo era cosa de berracos».

Desde que salió de AV-Villas, Javier y su esposa han tenido «dificultades económicas», en parte salvadas gracias a la indemnización que él recibió en aquel tiempo. Aunque Javier nunca se ha opuesto a que Liliana trabaje, ni es precisamente un esposo y un padre «tradicional» (cuando fue entrevistado, Liliana estaba próxima a terminar sus estudios de ingeniería sanitaria en la Universidad del Valle, y su intención era salir a buscar empleo), siente que tiene un enorme reto por delante: demostrar, ahora que no tiene trabajo y que ha tenido poco éxito en los negocios realizados después de su despido, que puede «enfrentarse al mundo y guerrear para conseguir el

sustento», es decir, continuar siendo «berraco», incluso más que antes, cuando tenía un ingreso fijo.

En la nueva situación, para Javier y su esposa, el futuro ha tomado una cara inquietante: de ser un horizonte más o menos definido y posible gracias a su esfuerzo, se ha convertido en una pesada incertidumbre que los obsesiona en el presente:

Hoy siento preocupación por mis hijos; por ejemplo, quiero que sigan en el mismo colegio. Hasta ahora no hemos tenido la necesidad de cambiarlos. Sin embargo, me angustia saber que el próximo mes no voy a tener un ingreso fijo. Los negocios que he hecho todavía no despegan, y hoy son más las angustias que la tranquilidad. Cuando usted se enfrenta a la realidad (después de un despido) surgen una cantidad de problemas y de preguntas. Es muy difícil hacer algo.

En cierto modo, para quien lo sufre, todo despido es injusto, llega por sorpresa, desconcierta. Al principio, parece inevitable el sentimiento de haber sido traicionado, especialmente por aquellos en los que se confiaba: jefes, compañeros de trabajo, la empresa en su conjunto. En cualquier caso, nos sentimos ante un hecho inexplicable que desorienta nuestra vida.

Este sentimiento llega con una sospecha casi imperceptible, que el dolor se encarga de velar: la de no haber sido lo suficientemente buenos, la de ser responsables por hechos que no controlamos; definición que se ajusta, según Richard Sennett, a la de «una vieja amiga, la culpa» (Sennett, 2000 : 29). Tal vez el drama de un despido –de una «traición»– consista en que, al mismo tiempo, y como si dos extremos se sobrepusieran, sentimos que nos han causado un daño muy profundo e inmerecido del cual somos, no obstante, culpables.

Al salir de AV-Villas, Claudia y Javier pasaron por experiencias similares. Ambos sintieron que la empresa y sus jefes los habían traicionado, que la lealtad, el compromiso y la experiencia acumulada en su trabajo habían sido desconocidos, que se borraba de golpe una historia común en la que habían participado al lado de la empresa; en otras palabras, que habían sido engañados de una manera muy dolorosa. Tal vez por eso es que, refiriéndose a este hecho, Javier dice:

Todos dirán lo mismo, pero si hay alguien que se compromete con las cosas que hace soy yo. Pero finalmente usted no es indispensable en ninguna parte, usted es simplemente una pieza más. Cuando me despidieron, yo estaba haciendo las cosas bien, yo era un soporte para el buen funcionamiento

de las oficinas. Allá se que quedó gente muy mediocre, que no lo merecía: ese proceso no fue claro. Sacaron gente importante, muy valiosa [...].

Del mismo modo, es posible hallar razones similares en las palabras de Claudia cuando dice –como si tratara de evitar la sensación de haber sido engañada–: «Yo tengo un sexto sentido. A pesar de que yo no sabía que me tocaba a mí (el despido), sí sentía los pasos, ya sabía que iba a ocurrir». Al parecer, Claudia intenta, de esta manera, confirmarse a sí misma que fue algo más que una víctima pasiva de lo que sucedió. De este modo, un hecho que al principio era totalmente incomprensible y arbitrario comienza a tener un orden en el que, aun con un presentimiento, ella puede participar.

Además de los dilemas comunes que comparten, el exilio del mundo del trabajo obligó a Claudia y a Javier a «regresar a casa». Los dos se han replegado en el hogar. Allí buscaron refugio y encontraron –como ellos mismos dicen– «el apoyo de sus familiares». Lo cierto es que, más allá de las imágenes comunes que se asocian con la vida familiar –calidez, incondicionalidad, unión, afecto, protección, etc.–, las historias de Claudia y Javier revelan que se trata de un refugio ambiguo.

III

Cuando los entrevistamos, Claudia y Javier llevaban más de dos años sin empleo, habían puesto en marcha pequeños negocios familiares que no daban buenos resultados, y, en algunas ocasiones, enviaron hojas de vida sin mucho éxito. Aunque «regresar a casa» había sido un destino común para los dos, su significado era, en cada caso, distinto.

Al perder su trabajo, Claudia tuvo que asumir plenamente la vida doméstica. Para una mujer que, al hablar de su pasado laboral, dice que lo que más extraña es «poder estar en contacto con la gente» (compañeros de trabajo, jefes, clientes, etc.), la experiencia obligada del hogar ha resultado un descubrimiento de la soledad. Lo que antes era, en cierto modo, una elección (ella era una mujer trabajadora que había decidido ser madre), se había convertido de pronto en una necesidad, en una especie de destino natural al que su condición de mujer la predisponía. De hecho, cuando habla del tiempo que siguió a su despido, Claudia parece revelar una contradicción que la aprisionaba: la de tener que aceptar sin amargura su destino como madre, como si lo contrario fuera una especie de acto antinatural, que quizá nadie juzgaría con más rigor que ella misma:

Al principio yo estaba muy triste, aunque tranquila, porque nuestra situación económica no era mala, teníamos que comer, una casa para vivir.

Además mi esposo me dijo: 'piensa que ahora vas a tener más tiempo para estar con el niño, quédate aquí en la casa, no te preocupes por nada.' Sin embargo, los días pasan y uno se va sintiendo frustrado, se cansa. ¿Qué va a pasar con tu vida? Hiciste una carrera, te desempeñaste bien en tu trabajo y ahora no tienes nada.

Y, más adelante, agrega:

Vos necesitás estar en contacto con gente de tu edad. Mi esposo llega a la casa a las 2:30 de la tarde, almuerza, hace en el computador lo que tiene que hacer, a las 4:00 vuelve a salir y regresa casi a las 10:00 de la noche. Entonces me siento sola. Aunque yo en la casa prendo la radio, estoy con mi hijo, paso la tarde con él [por la mañana, el niño está en el colegio]. Sin embargo, uno a veces se desespera, no por estar mal económicamente, sino porque uno necesita hacer algo.

Al principio todavía quedaba algo que unía a Claudia, así fuera débilmente, a su mundo pasado: una floristería que decidió abrir y de la cual los principales clientes eran sus antiguos compañeros de trabajo. Sin embargo, como ella misma dice, «las cosas se fueron alejando, no volví a hablar con ellos, fue muy difícil

seguir con el negocio. A veces me da tristeza, antes tantos amigos y ahora uno como que está más bien solo».

Desde que fue despedida, Claudia afirma haber «recibido el apoyo» de Hernán, con quien vive en unión libre desde 1992. Él es físico de la Universidad del Valle y, en el 2004, cuando realizamos la entrevista con Claudia, estaba haciendo un doctorado en física en el mismo lugar. En aquel entonces, daba clases en una universidad privada y en dos colegios (uno público y otro privado) de Cali.

Según Claudia, Hernán ha tratado de ayudarle a encontrar «una solución para el desempleo», sin que hasta el momento haya sido posible. Por lo demás, muy poco tiempo después de salir de AV-Villas, Claudia comenzó a repartir hojas de vida en bancos y corporaciones, pero nunca encontró una respuesta positiva. Esto la ha hecho consciente de su edad, pero con una conciencia desengañada.

Mientras trabajaba, los años eran para Claudia un dato que se confundía con el reconocimiento de una carrera exitosa y con la sensación de haber acumulado una experiencia consistente, apreciada (esa sensación que consiste en sentir que servimos para algo y lo hacemos bien). Sin embargo, después del despido y ante la imposibilidad de encontrar trabajo, la edad se ha convertido para ella en una evidencia odiosa de lo que ya

no puede ser: «En el sector bancario fue muy difícil conseguir algo, aunque ésa es mi única experiencia laboral. Ahora llevo como un año sin enviar hojas de vida, ya estoy resignada al desempleo, por acá estoy bien, estoy con mi niño, mi niño llega por la tarde y yo me dedico a él».

Para darle un lugar en su vida y hacer más soportable el fracaso, Claudia ha tenido que hacer una operación más común de lo que muchos estaríamos dispuestos a aceptar: asumir como voluntarias unas condiciones que, de alguna manera, le han sido impuestas. Ésta es la tensión que revelan sus palabras cuando dice:

Yo no quisiera trabajar más en bancos... claro, si de pronto me llaman estudiaría la posibilidad y entraría; ésa es mi única experiencia. Pero la verdad, no tengo muchas ganas. Si me llamaran iría, presentaría mis pruebas. Pero me gustaría trabajar en un banco que no fuera tan estresante. Aunque yo veo muy difícil para mí volver a entrar a trabajar, sobre todo por mi edad (38 años en el momento de la entrevista).

La historia de Claudia podría ser la historia de una mujer que, resignada a la inactividad laboral, ha encontrado en la maternidad y en la vida doméstica una posible forma de compensación de su fracaso. Es evidente

que ella no se encuentra tan segura de esto. Sin embargo, hace falta mucho más para que, en una situación como la suya, sea posible rebelarse contra una posición que, de manera tan espontánea y tan natural, y por eso mismo tan arbitraria, aparentemente le corresponde.

IV

Cuando salió de AV-Villas, Javier no tenía entre sus propósitos buscar un nuevo empleo. Con su liquidación, además de «pagar las deudas» y «comprar algunas cosas que hacían falta en la casa», Javier decidió crear una pequeña empresa, según él, «para no depender más de nadie». A Javier le parecía que «en la calle había muchas oportunidades», y que lo que en realidad hacía falta era «saberlas buscar». Sin embargo, en el momento de la entrevista, parecía que Javier hacía esfuerzos por permanecer optimista, sobre todo porque sus negocios no habían dado buenos resultados (su último negocio consistía en comercializar revistas importadas de manualidades):

Ésta es la hora en que a mí todavía me hace falta el trabajo, para mí fue muy duro y aún sigue siendo muy duro no continuar trabajando, no sólo por la parte económica, sino por el reconocimien-

to y por sentirme útil en algo. El dinero de mi liquidación se ha ido acabando, pero los gastos siguen, no dan espera. Yo sé que en la calle a uno le puede ir mucho mejor que estando empleado. Pero ahora, si me preguntaran qué prefiero, yo diría que lo segundo.

Al igual que Claudia, Javier describe el momento de su despido como algo doloroso («es como una muerte»). De hecho, Javier es mucho más prolijo que Claudia al hablar de los sentimientos y preocupaciones que ese acontecimiento le produjo. Sin embargo, entre los dos parece haber una diferencia fundamental: si para Claudia el hogar era poco más o menos un refugio natural, (auto) evidente, en el caso de Javier ocurre lo contrario: a él le corresponde la calle, «salir a guerrear», «levantarse el sustento».

Quizá esto explique que, a diferencia de Claudia, Javier no intente velar su frustración: él, en cambio, necesita teatralizarla. Cuando, al hablar de su situación presente, insiste a menudo en las preocupaciones y en las dificultades que ha encontrado, es quizá porque tienen el aspecto de un desafío. No aceptarlo podría ser motivo de vergüenza y de culpa, del mismo modo que, para Claudia, lo sería no estar conforme con su destino actual. A su manera, Claudia y Javier están aprisionados en una misma con-

tradicción –en una idea de lo que un hombre y una mujer deberían ser y aceptar–, pero no como si se tratara de una contradicción que les viniera de fuera, sino de una que habita en ellos mismos.

De ahí que, en ambos casos, ésta tome la forma de una relación ambigua con su presente. En su conversación Claudia tiene la necesidad de excusarse continuamente de sentirse sola, del tedio que le produce su permanencia en el hogar, de lo mucho que extraña «compartir con sus amigos (del trabajo)», «estar en contacto con la gente, con el público, ser social». Por eso es que siempre, al hablar de estas cosas, aclara enseguida que ella no es «amiguera»:

Yo añoro estar en contacto con la gente, a pesar de que no soy amiguera; (al salir despedida) me sentí muy triste, llamé a mis amigos, me despedí y les dije que contaran conmigo para cualquier cosa, que yo iba estar aquí en la casa. Pero la verdad yo no he sido muy amiguera; ésta es la hora en que no me he vuelto a comunicar con nadie más [...].

Y también: «Yo fui una persona muy casera, sigo siendo muy casera; mi mamá también fue una persona muy casera, muy dedicada al hogar». La oposición salta a la vista: «casera» es lo contrario de «amiguera»: las dos co-

sas no son posibles al mismo tiempo. Sin embargo, en el mundo del que Claudia se separó involuntariamente después de haber sido despedida, al parecer podían conciliarse.

Por lo que se refiere a Javier, su insistencia en que «(en la calle) las oportunidades existen» pero «hay que saber buscarlas», contrasta con el inocultable cansancio que siente dos años después de estar sin empleo, tratando de demostrar que aún es «berraco»:

Yo salí de AV-Villas pensando en montar un negocio, deseché la idea de buscar empleo. Pero no se presentaron los socios y ahí me quedé buscando una cosa, la otra, y al final no resultó nada bueno.

Y también:

Yo no quería seguir siendo empleado. En ese momento dije: 'en la calle hay muchas oportunidades'. De hecho, las sigue habiendo. Pero hay momentos en los que usted... usted dice: 'prefiero la seguridad, un sueldito mensual, a continuar en la incertidumbre'.

En su conversación, y pese a la incertidumbre actual, Javier afirma que hoy él es «el único dueño de su destino». Es como si, ahora que ha perdido la seguri-

dad y la estabilidad de su empleo, para Javier el futuro dependiera exclusivamente de lo que haga (o deje de hacer): «uno sigue por su lado... ahora (que no tengo trabajo) es para mí un reto saber qué tan berraco soy». Al parecer, su voluntad se ha separado de su experiencia (Sennett, 2000 : cap. 1). Con todo, por más que Javier permanezca encerrado en la rigidez de estas fórmulas, su conversación revela un desasosiego que vuelve una y otra vez: él sabe, aunque su ánimo vacile –y precisamente por esto–, que no será más porque se lo digan sus deseos, como escribiera de sí misma Alejandra Pizarnik en sus diarios (Pizarnik, 2003).

Al fundar exclusivamente en la fuerza de su voluntad la esperanza de un cambio, Javier semeja a quien espera un golpe de suerte que dé vuelta los acontecimientos de su vida. Pero la terquedad de ciertos hechos –no encontrar un empleo– termina por mostrar la cara punzante de ciertas esperanzas: «Si uno se levanta con todos los ánimos le va bien, pero hay días... hay días en que a uno lo invade el pesimismo, la incertidumbre: ‘¿Qué va a ser de mi? ¿Qué va a ser de mi familia?’».

Aquello que antes, cuando las cosas iban bien, podía funcionar como una inofensiva, aunque no por esto menos eficaz, idea acerca de la manera en que transcurría la vida («uno es el único dueño de su destino», «querer es poder», etc.), en las actuales condiciones de incertidumbre se ha convertido para Javier en una severa convicción que sólo

puede mantener a un precio muy alto: negando su fracaso –lo contrario no equivale forzosamente a desesperar ante él– y tomando el incómodo desafío de continuar siendo «berraco». Su conversación, como la de Claudia, recuerda las palabras de Richard Sennett cuando escribe:

El fracaso es el gran tabú moderno. La literatura popular está llena de recetas para triunfar, pero por lo general calla en lo que atañe a la cuestión de manejar el fracaso. Aceptar el fracaso, darle una forma y un lugar en la historia personal es algo que puede obsesionarnos internamente pero que rara vez se comenta con los demás. Preferimos refugiarnos en la seguridad de los clichés (Sennett, 2000: 124).

A su modo, también Claudia y Javier se han refugiado en la aparente seguridad de los clichés. Para ellos, el hogar se ha convertido en un lugar idealizado, bien porque se regresa a él como si fuera una opción natural a la que se pertenece, bien porque continúa siendo un desafío al que se debe responder de manera incondicional. Sin embargo, en un caso como en el otro –y como muy a menudo ocurre con las idealizaciones– la complejidad de la existencia reaparece en sus vidas dolorosamente.

Bibliografía

Carnoy, Martin, *El trabajo flexible en la era de la información* [2000], Madrid, Alianza, 2001.

Fogafin, *Informe de gestión 1998*. En línea en <http://www.fogafin.gov.co/pdf/informe%20de%20Gestion%201998.pdf>.

Gerth, Hans y Mills, Charles W., *Carácter y estructura social. La psicología de las instituciones sociales* [1953], Buenos Aires, Paidós, 1984.

Gorz, André, *Misericordias del presente, riqueza de lo posible* [1997], Buenos Aires, Paidós, 1998.

Méda, Dominique, *El trabajo. Un valor en peligro de extinción* [1995], Barcelona, Gedisa, 1998.

Offe, Claus, *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro* [1984], Madrid, Alianza, 1992.

Ordóñez Noriega, Sara, *La Superintendencia Bancaria en la crisis de los noventa*. En línea en <https://www.superbancaria.gov.co/comunicadosypublicaciones/80web/archivos/>.

Pizarnik, Alejandra, *Diarios* [2003], Barcelona, Lumen.

Reygadas, Luis, «¿Identidades flexibles? Transformaciones de las fronteras de clase, etnia y género entre trabajadoras de maquiladoras», en Aquiles Chihu Amparán (dir.), *Sociología de la identidad* [2002], México, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa), pp. 111-155.

Riesman, David, *La muchedumbre solitaria. Un estudio sobre la transformación del carácter norteamericano* [1950], Buenos Aires, Paidós, 1964.

Sennett, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* [1998], Barcelona, Anagrama, 2000.

_____, *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad* [2003], Barcelona, Anagrama, 2003.

Superintendencia Bancaria de Colombia, *Informe de labores del superintendente bancario 1999*. En línea en <https://www.superbancaria.gov.co/comunicadosypublicaciones/publicacionesgenerales/lab1999.pdf>.